

El Buen Pastor

Cuarto domingo de Pascua
Iglesia de El Rosario¹
16 de abril de 1978

Hechos 2, 14a.36-41
1 Pedro 2, 20b-25
Juan 10, 1-10

Este domingo, queridos hermanos, es el cuarto domingo de Pascua. Ya saben que son siete los domingos pascuales y todos constituyen una unidad: la proclamación solemne de Cristo vivo que no morirá más, despertando en el pueblo un sentido de confianza, de fe, de magnanimidad. Entre los domingos de Pascua, los primeros tres nos narraban episodios de las apariciones de Cristo resucitado; este cuarto domingo viene a ofrecernos como una síntesis preciosísima: la figura de Cristo, Buen Pastor; por eso se llama este domingo el domingo del Buen Pastor.

Por eso, el papa Pablo VI, desde hace quince años, ha querido que este domingo del Buen Pastor sea también el domingo de oración por las vocaciones sacerdotales y religiosas. Tenemos, pues, motivos muy poderosos para que nuestra plegaria, nuestra eucaristía de este domingo, sea verdaderamente un domingo de oración, intensa oración; abriarnos a la esperanza, a la fe de esta Iglesia que ahora prolonga la figura del Buen Pastor gracias a los pastores, a las almas consagradas a Él, que lo van haciendo presente de formas tan diversas en el mundo.

¹ Este domingo, monseñor Romero no pudo celebrar la misa en la catedral de San Salvador porque el 11 de abril de 1978 fue ocupada por miembros del Bloque Popular Revolucionario, como él mismo explica más adelante.

Por eso, las ideas de mi homilía tienen que engarzar todo esto. Yo presentaría estas tres ideas. La primera: las circunstancias en que se proclama la resurrección de Cristo, hay que tenerlas muy en cuenta para que el Evangelio de Cristo resucitado sea el que ilumine nuestra historia. El segundo pensamiento es este: ese mensaje de Cristo resucitado se presenta hoy bajo la figura de un pastor; hoy esta es la imagen que debemos de llevar a nuestros hogares, a nuestra sociedad, a nuestro ambiente: Cristo es el Buen Pastor, vive hoy como un pastor que ama a su grey. Y esta será la tercera idea: nosotros somos esa grey; el mensaje se dirige al pueblo como una vocación, un llamamiento, y allí encontraremos, pues, el mensaje del Papa en este año a las vocaciones.

Las circunstancias en que se proclama la resurrección de Cristo

La primera idea es esta: el mensaje cristiano se pronuncia entre circunstancias concretas. Y esto no es una modalidad de nuestros días. La homilía cabalmente eso significa. Homilía quiere decir el sermón sencillo del pastor que celebra la palabra de Dios para decirle, a los que la están reflexionando, que esa palabra de Dios no es una palabra abstracta, etérea, sino que es una palabra que se encama en la realidad en que vive esa asamblea que está meditando.

Y traigo esto —aunque todos los domingos lo recuerdo— porque hoy noto yo en las tres lecturas, cabalmente eso: que tanto el sermón de Pedro, —el primer sermón cristiano: acaba de bajar el Espíritu Santo y Pedro se asoma a la puerta del cenáculo y predica y convierte ya a los primeros tres mil—, ese primer sermón, que es una pauta de la predicación, no prescinde de las circunstancias, anuncia el gran mensaje: Cristo ha resucitado para esperanza y perdón de los que lo siguen. Pero en su sermón, Pedro, junto con estas maravillas de la redención cristiana, anuncia el gran pecado, denuncia el pecado de los hombres: ¡ustedes lo mataron! Y tanto, que nos dice hoy la lectura, los corazones de aquellos hombres se sintieron conmovidos: ¿qué haremos, hermanos? Eso quiere la Iglesia: inquietar las conciencias, provocar crisis en la hora que vive. Una Iglesia que no provoca crisis, un Evangelio que no inquieta, una palabra de

Hch 2, 36-37

Dios que no levanta roncha —como decimos vulgarmente—, una palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose, ¿qué Evangelio es ese? Consideraciones piadosas muy bonitas que no molestan a nadie, y así quisieran muchos que fuera la predicación. Y aquellos predicadores que, por no molestarse, por no tener conflictos y dificultades, evitan toda cosa espinosa no iluminan la realidad en que se vive, no tienen el valor de Pedro de decirle a aquella turba donde están todavía las manos manchadas de sangre que mataron a Cristo: ¡ustedes lo mataron! Aunque le iba a costar también la vida por esta denuncia, la proclama. Es el Evangelio valiente, es la buena nueva del que vino a quitar los pecados del mundo.

Hch 2, 36

Tienen, por ejemplo, en la segunda lectura, donde anuncia las maravillas del Cristo humilde que como oveja es llevada al matadero; sin embargo, Pedro, en esa primera carta, denuncia que la causa de esa muerte ha sido el pecado y, denuncia el descarrío de los hombres; se alegra de los que ya vinieron de sus malos caminos y están formando la comunidad de Cristo. Aquí entre nosotros, hermanos, somos pecadores, yo el primero. He ofendido al Señor; pero, gracias a Dios, escuchamos un día su llamamiento que señaló nuestro pecado y, en vez de ensoberbecernos y enconcharnos en nuestro orgullo y calumniar a la Iglesia porque me molesta, acepto mejor ese mensaje. Aquel día, esta oveja descarriada que fui yo, que pudo ser cada uno de ustedes, humildemente se acercó al Señor y le pidió perdón, gracias a que hubo una palabra que me reprendió, gracias a que hubo alguien que me echó en cara que no debía de ser así. Este es el papel de la Iglesia: no prescindir de las circunstancias y decirle a los hombres su propio pecado para que se arrepientan.

1 P 2, 25

Y, sobre todo, hermanos, el Evangelio. ¡Qué palabra más valiente la de Cristo! Está usando la comparación: “Yo soy la puerta”. Solo por la puerta entran los legítimos dueños del rebaño. El que salta por otro lado es ladrón, es bandido. Miren cómo en las palabras de Cristo, de quien esperamos siempre amor, dulzura, cuando es necesario coge el látigo y fustiga a los ladrones, a los bandidos, y les dice: el que no es pastor solo entra para matar, para robar, para maltratar. El látigo de Cristo está dando duro a todos estos atropellos de su tiempo. Él siente que la sinagoga ha perdido su sentido de ser representación de la misericordia de Dios y los pastores de Israel, ya denunciados por los

Jn 10, 7

Jn 10, 1

Jn 10, 10

Jn 9, 1-41

Jn 9, 16.34

profetas, en tiempo de Cristo también se han convertido en malos pastores. El episodio de esta comparación del buen pastor está poco después de aquel episodio del ciego de nacimiento a quien los fariseos, en vez de alegrarse porque se había salvado de la vista, lo excomulgaron “porque te dejaste operar en sábado”. Interesaban más las legalidades que la misericordia. Y a estos fustiga el Señor, para estos fariseos hipócritas, para estos pastores egoístas, para estas sinagogas sin misericordia, para estas autoridades eclesíásticas de su tiempo, el divino profeta, Cristo nuestro Señor, que fue duro contra el pecado donde quiera que se encuentre, ya sea en Herodes, en Pilatos, también en los pontífices, en los sacerdotes, Él los reprende y para ellos es la comparación, para que aprendan a ser como Él que es el Buen Pastor y para que su Iglesia sea lo que tiene que ser: una casa de la misericordia del Señor, donde los pecadores no encuentren el reproche, la excomunión, la dureza, sino la acogida, el abrazo de nuestro Señor que los llama para el perdón.

¿Ven, entonces, cómo las tres lecturas son el modelo de la predicación de la Iglesia? Anuncia las maravillas de la resurrección, pero no olvida las circunstancias concretas de pecado en que se anuncia esa maravilla. Por eso, hermanos, con esto quiero justificar el *hoy* de mis homilías. Yo no sería tampoco el predicador de la palabra de Dios si no tuviera en cuenta que esta palabra del Buen Pastor, en este domingo de abril de 1978, tiene un marco tan trágico, donde necesitamos que sobre estas sombras de sangre, de dolor, de depresión, de desolación, se destaque la bella figura del Buen Pastor. No comprenderíamos toda la ternura de Cristo en esta hora de El Salvador si no tuviéramos en cuenta *esta* hora de El Salvador. Y ¿qué es *esta* hora de El Salvador? Parece mentira, ¡qué densa es nuestra historia, hermanos, domingo a domingo! Cuando terminamos un domingo, yo pienso: y el otro domingo ¿qué voy a decir?, ya lo dije todo. Y, sin embargo, viene otro domingo y trae tanta historia, tanta densidad de historia, que de veras vivimos una patria, una hora, en que somos protagonistas de cosas muy decisivas.

Hechos de la semana

La primera circunstancia que yo quiero recalcar hoy es ésta que estamos viviendo: estamos en una iglesia que no es la catedral. Y

es, en primer lugar, para agradecer la hospitalidad de los padres dominicos que, apenas supieron mi dificultad de la catedral ocupada, me ofrecieron su hermosa iglesia. Yo les agradezco porque esto, al mismo tiempo que significa la hospitalidad de la comunidad que preside esta iglesia, le ha dado —como les dije al principio— el sentido peregrino de nuestra Iglesia. La Iglesia no es el templo de concreto, de bahareque o de cualquier material. El templo material no es más que el signo de una tienda de campaña que va caminando y se va posando con el pueblo peregrino a donde quiera que vaya. Hoy somos el pueblo peregrino aquí en la iglesia del Rosario. ¡Qué bello es pensar que con esta peregrinación va ella, la Virgen santísima, la Virgen del Rosario, tan querida en nuestro pueblo! ¡Amémosla mucho! Y en esta mañana, que las circunstancias nos han puesto bajo su manto bendito, le queremos decir que tenga piedad de este pueblo que sigue peregrinando en medio de tantas angustias e incertidumbres.

Esto mismo me lleva a otra circunstancia: no pudimos celebrar en catedral porque está ocupada; así como están ocupadas cuatro embajadas². Lo que quiere el Bloque Popular Revolucionario, que se ha arrogado la responsabilidad de esas ocupaciones, es presionar la ciudadanía para que no sea indiferente a lo que está pasando en los campos de El Salvador; y también presionar a los países afectados en sus embajadas para que les ayuden a retornar a sus campos, donde ya las lluvias que asoman, piden el cultivo. “Si no, nos morimos de hambre, si no hay maíz en nuestros campos, si no fructifican en frijoles nuestras tierras”. El campesino tiene razón, quiere volver a sus campos a trabajar y por eso pide, pues, el apoyo de aquellos que tienen más voz: la catedral, las embajadas, los gobiernos; que presionen esta situación y los dejen retornar en paz y encontrar paz allá. Pero no se quieren fiar de promesas, quieren seguridad, garantía; porque dicen que ha habido casos en que retornan confiados y pronto los traen otra vez prisioneros. Quiera el Señor, pues, que esta situación se componga.

Al mismo tiempo, quiero felicitar a las delegaciones diplomáticas porque, con un sentido de mucha comprensión, han dialogado con los campesinos. Las dos partes pidieron la mediación de la Iglesia y con mucho gusto la Iglesia les ha prestado

² Se trata de las embajadas de Panamá, Venezuela, Costa Rica y Suiza.

para sus negociaciones el local del arzobispado. Ya sé que esto será mal interpretado; pero debe de constar que, antes de dar el local del arzobispado, el arzobispado insinuó que este diálogo sería mejor en un ambiente diplomático; y los campesinos buscaron ambientes diplomáticos y no los encontraron; entonces el arzobispado, que siempre quiere dar su colaboración de Iglesia, de Evangelio, lo ha prestado de una forma imparcial. Quiero revelar también que yo personalmente he atendido a la señorita embajadora de Panamá y me extraña cuando los periódicos³ han publicado que en el arzobispado no hubo atención para ella. He estado presente, lo mismo que el querido obispo auxiliar monseñor Revelo, en las negociaciones y hemos sido testigos de la apertura de la diplomacia, de la franqueza de los campesinos, del diálogo que se ha entablado. No sabemos dónde están las negociaciones y por qué todavía siguen las ocupaciones.

Y esto me lleva a sacar otra consecuencia muy importante, hermanos. Esta circunstancia de la ocupación de catedral que no nos ha permitido de celebrar allá la misa, gracias a Dios es un testimonio de la diferencia radical entre Iglesia y Bloque Popular Revolucionario. Ha habido una tendencia —diríamos— satánica, de querer hacer depender de la Iglesia todas las actividades que se han llevado a cabo por parte del Bloque. Que conste una vez más —y lo he dicho tantas veces— que, si la Iglesia tiene perspectivas de justicia social, de caridad, que no está conforme con el actual orden de injusticia que impera, eso no quiere decir que se identifique con todos aquellos que quisieran también el mismo cambio. La Iglesia tiene una perspectiva plenamente evangélica; es el Evangelio el que inspira su acogida al campesino que no tiene dónde pasar la noche, que tiene hambre y tiene que darle de comer. Es una inspiración de Evangelio la que la Iglesia lleva cuando quiere socorrer las necesidades y aboga por las reivindicaciones de justicia; pero no significa eso identificación con otras agrupaciones.

Que esto quede muy claro, porque la Iglesia no puede identificarse con ningún partido político ni con ninguna organización de carácter político, social, cooperativo. La Iglesia no tiene sistemas. La Iglesia no tiene métodos. La Iglesia solo tiene ins-

³ Cfr. *La Prensa Gráfica*, 12 de abril de 1978.

piración cristiana, una obligación de caridad que la urge a acompañar a quienes sufren las injusticias y ayudar también a las reivindicaciones justas del pueblo. Allí sí la Iglesia está, pero sin identificarse con los sistemas y los métodos. Esto, repito, que quede bien claro, porque yo no soy director de ninguna organización política. Yo no soy ni mis sacerdotes deben de ser líderes de estos grupos. Si hay coincidencias objetivas, son perspectivas de Evangelio la que la iluminan.

Y a este propósito sí quisiera yo lamentar, queridos hermanos, que precisamente por no confundirse con un sector, con un partido, con un método, con una agrupación, la Iglesia está en condiciones de independencia para poder criticar lo malo que se encuentre en cada organización. Y lo dirá sin ambages y lo ha dicho también cuando, tanto en las organizaciones del Bloque Popular Revolucionario como también en otras organizaciones de carácter más oficial, la Iglesia denuncia el pecado donde quiera que se encuentre.

Y uno de los pecados más grandes es este, hermanos, que a mí me duele tanto: que el sistema actual de nuestra patria ha logrado el enfrentamiento de los campesinos. La misma hambre que angustia al hombre del Bloque es la misma hambre que angustia también al hombre de ORDEN. Y pensar también que el agente de nuestros ejércitos ha salido también del campesinado. Y cuando miro policías cuidando a campesinos, campesinos cuidando a campesinos, ORDEN enfrentándose con el Bloque, digo yo: ¡qué satánico tiene que ser este sistema que ha logrado aprovechar el hambre de los hombres, ganarse el pan aunque sea persiguiendo, enemistándose, dividiéndose, cuando pertenecen a la misma pobreza! Y en vez de ayudarles en un diálogo constructivo para que unos y otros salgan a un ambiente de más respiro, de más libertad, allí los tenemos enfrentados. Los unos aprovechando las gangas que tienen por pertenecer a algo oficial y los otros, como marginados, luchando por meterse del margen también a una justa reivindicación.

Por eso digo y repito: que no son las represiones ni las violencias las que van a arreglar esta situación. Es necesario que una sana, auténtica democracia abra los canales del diálogo para escuchar qué angustia tiene el pueblo, el campo, y se le den leyes, y se le den organizaciones donde de veras se respire un ambiente de justicia y de paz. Mientras no haya esos canales,

Mt 9, 16

todo lo demás son parches, y muchas veces parches violentos que, como decía Cristo, no hacen más que romper las telas viejas y hacer más trágica la situación de nuestro ambiente.

Vida de la Iglesia

Por eso también, queridos hermanos, en esta hora del ambiente de nuestra homilía, yo me alegro con esos gestos de solidaridad que han abundado a la luz de la Iglesia, cuando he recibido no solamente los donativos materiales, que han sido abundantes, gracias a Dios; y la comisión tanto de investigación como de ayuda han tenido ese apoyo de nuestras queridas comunidades y también de todos los hombres de buena voluntad.

A este propósito, quiero leerles este pensamiento de la carta de una persona que desde la Iglesia Bautista ha hecho llegar su socorro: “Debo lamentar —dice— que muchos de nuestros líderes en las diferentes denominaciones protestantes no estén a la altura de las circunstancias; pero puedo asegurarle, aunque usted ya lo sabe, que habemos muchos que en lo personal o colectivamente apoyamos de corazón a usted y la Iglesia que representa, porque lo que están haciendo es ni más ni menos que lo que Cristo demanda de todos nosotros”.

Así también, me dio mucho gusto de la diócesis de Santa Ana, llegar un donativo y dice: “Este dinerito lo considero de oro —dice un párroco que lo manda—, veinticinco colones producto de trabajitos del mercado y otra señora con dos colones que tampoco se identificó. Me encargaron que lo saludara. Pienso que esto es un símbolo del corazón de oro de los santanecos, manifestado en esta forma”. Y así muchas comunidades parroquiales, como San Marcos, y otras escuelas, colegios; que de veras les agradezco su corazón de oro, cuando la necesidad los llama.

En este sentido, también los colegios católicos dedicaron tres días, esta semana, a reflexionar sobre la realidad de nuestro país. Ya sé que muchos han tergiversado esta actividad y dicen que están socializando a los niños y a las señoritas, que los están “comunizando”. Nada de eso, hermanos. Es la voz del Evangelio que quiere iluminar la educación cristiana de esta juventud para que no viva de espaldas a los problemas, sino que los enfrente y sepa dar su juicio. Esto no es socializar. A una directora de colegio le preguntaron si estaba de acuerdo con el arzobispo

y su línea, y tuvo que firmar que sí. Yo le agradezco. En cambio otro pliego decía: “¿Usted, fomenta en su colegio la socialización?”. Y ella dijo: “Esa palabra es muy ambigua, yo no la puedo firmar”. Y así es. No podemos acusar a los colegios de socialización porque es muy ambigua la palabra, pero sí de una concientización de justicia social, de Evangelio, de caridad de hermanos. ¿Por qué no van a saber?

Y en este sentido, yo quiero felicitar a la Escuela María Catalina Dimaggio. Me envió un casete con el resultado de sus tres días de reflexión. Les diré aquí en público, y no me avergüenzo, me hicieron llorar cuando oí señoritas, niñas de nuestras barriadas, sentir el cariño y la gratitud para su pastor y para su Iglesia, que trata de levantar y despertar la dignidad de la persona humana en su trabajo de promoción. Porque hace esto la Iglesia: promover, decirle al hombre que se promueva, que se distinga; que si es cierto que está marginado, si es por fruto de su pereza, de su holgazanería, la Iglesia no le puede aprobar esa pobreza.

Que conste también esto: que cuando decimos “Iglesia de los pobres”, no decimos Iglesia de los haraganes, no decimos Iglesia de los rateros, de los ladrones, de las prostitutas que se ganan la vida en el pecado. ¡Eso no! Pero sí decimos “la Iglesia de los pobres”, de aquellos que deben de aprender que su pobreza, su rancho, su campo, no es un marco para sentirse distinto de los otros hombres; que a todos nos ha hecho el Señor imagen de Dios y tenemos que respetar y promover esa dignidad. Eso no es comunismo, eso no es subversión, eso es Evangelio de aquel que vino a dar su vida por todos los hombres, sin excepción ni acepción de personas.

Por eso también me alegra la actividad de los abogados que han seguido tramitando la amnistía de los prisioneros y tratando de dar el verdadero imperio a la ley. En palabras de ellos mismos: “En nuestro país es una ley, una legalidad que está bien prostituida y que los hombres de la ley, los defensores de esa justicia, manchada de tantas injusticias, tienen que ser los que la promueven”. ¡Bendito sea Dios! Un abogado que no pertenece a este grupo me dijo: “Este es un signo de esperanza para el pueblo”. Así lo siento de verdad.

Quiero agradecer también y pedir que todos agradezcamos la recuperación del ingeniero Gustavo Cartagena que, después de su misterioso secuestro, ya está salvo. Bendito sea Dios.

Y finalmente, darles el aviso que por las circunstancias de catedral, pues, quedan suprimidas allá todas las actividades litúrgicas de este día y, por tanto, también las confirmaciones; no habrá esta semana. Y a propósito de confirmaciones, quiero recordar que el 14 de mayo, fiesta de Pentecostés, los colegios católicos y los grupos juveniles están preparando una hermosa ceremonia de confirmación. En los colegios católicos serán los alumnos de segundo y tercero de bachillerato. Si no están confirmados en esa edad, tienen que confirmarse. Y los que no están en los colegios, pues, jóvenes que pueden tener ya sus 16 años, serán aceptados para esa confirmación juvenil.

Quiero pedirles su colaboración en este sentido: de que ayudemos a que la Iglesia realice este sentido verdadero de la confirmación, no insistiendo en que confirmen a sus niños chiquitos. No es la edad propia de la confirmación. La confirmación es sacramento de jóvenes, sacramento consciente del que se bautizó niño y, ya grande, quiere tomar conciencia de sus compromisos y el don del Espíritu Santo, que viene a robustecer para su juventud una situación de fe que ya la traía desde su bautismo. Por eso, pues, repito, desde Pentecostés para allá, desde el 14 de mayo, no confirmaremos niños chiquitos; se exigirá una edad y también una preparación catequística.

Cristo resucitado se presenta hoy bajo la figura de un pastor

Ahora bien, hermanos, a nuestro modo, pues, aquí en El Salvador estamos viviendo las circunstancias de hoy. Así como cuando se escribieron las tres lecturas que se han hecho, refleja todavía hoy las circunstancias pecaminosas de aquel tiempo iluminadas por la luz de la fe. A estas circunstancias de 1978, aquí en El Salvador, responde la misma luz de hace veinte siglos, la luz del Buen Pastor.

Y esta es la figura central, este es el segundo punto de mi meditación esta mañana: el Buen Pastor. Nos lo presentan las lecturas de hoy sobre un fondo de circunstancias pecaminosas. Ya no hay necesidad de repetirlas; basta que vuelvan a leer ustedes, con esta explicación, las lecturas de hoy y analicen allí cuidadosamente cuántas denuncias a cuántos pecados hace Pedro en su primer sermón, en su primera carta, y hace San Juan en su

propio Evangelio que a pesar de ser tan místico, tan elevado, tiene, sin embargo, las denuncias más concretas a los hombres más concretos de la historia. Así se explica que los apóstoles tuvieran conflictos y murieran mártires, porque nadie tolera que le echen en cara su pecado, a no ser el humilde que busca lo que busca la Iglesia: la conversión. Y con este sentido de conversión, la figura de Cristo, el Buen Pastor, o la puerta por donde se entra legítimamente al rebaño, es toda una lección, toda una inspiración...⁴. “Yo soy el buen pastor”. “Yo soy la puerta”.

Jn 10, 9,11

Hch 2, 36

San Pedro en su primer sermón dice: Dios lo constituyó por la resurrección Señor y Mesías. ¡Qué expresiones más ricas! Quiere decir que Cristo, que mientras vivió encarnado en esta humanidad como hombre de su tiempo, no se distinguía de los hombres que iban, por ejemplo, a la sinagoga como ustedes han venido hoy a misa. Si Cristo viviera hoy, aquí estuviera entre los hombres y no lo distinguiríamos. ¿Dónde está Cristo? Era un hombre como todos los hombres.

Pero cuando llegó su hora y Él dice: ha llegado la hora de mi exaltación, ahora lo va distinguir el Señor; primero, humillándolo como no se ha humillado otro hombre. Y allí tenemos la segunda lectura, esa hermosa carta de San Pedro, que más parece una página de Isaías: silencioso, oveja llevada al matadero; nos enseñó con su actitud humilde cómo se debe de sufrir. Mesías, el Mesías, que encarna todas las profecías del Viejo Testamento, cargará sobre sus espaldas los pecados de todos nosotros. Y San Pedro dice que este Cristo es nuestro Salvador precisamente por su sufrimiento. Mesías, el Mesías que esperaban muchos con un aire de triunfalismo y que se desilusionaban cuando, como los discípulos de Emaús, iban para sus casas porque ya hace tres días que lo mataron y —ya ven— acabaron con Él. Nosotros esperábamos una liberación política. Por eso Cristo los comienza a reprender: “¡Oh insensatos y tardos de corazón! ¿Qué no era necesario que Cristo padeciera todo eso y así entrara en su reino?”. Esta es la condición de Cristo. Por eso, hermanos, les digo: la Iglesia no se puede confundir con otros movimientos liberadores, ni con el Bloque Popular Revolucionario, ni con Partido Comunista, ni con nada de esta tierra.

Jn 12, 23

1 P 2, 24

1 P 2, 21

Lc 24, 21

Lc 24, 25

⁴ Interrupción en la reproducción magnetofónica de la homilía.

Todo lo que en este sentido se diga es vil calumnia. La Iglesia es este Cristo que dice: era necesario padecer. No hay liberación sin cruz, no hay liberadores auténticos sin esperanza de otra vida. Hay que trabajar por una tierra más justa, sí, pero no esperando aquí un paraíso. El Mesías nos habla de una liberación comprada con sangre y dolor. Y cuánta esperanza da a los liberadores de hoy esta enseñanza de Cristo, del Buen Pastor que da su vida.

Jn 10, 11

Pero el otro aspecto, Mesías y Señor, *Kyrios*, emperador, rey, no con un triunfalismo ostentoso de vanidad, pero sí con la realeza divina que lo hace omnipotente, que lo hace presente en su Iglesia, que lo hace constructor de la historia, que lo hace piedra fundamental de todos los movimientos humanos, que lo hace brújula que orienta la historia entera hacia su verdadero destino: Señor de la historia, Señor de los tiempos, Señor de la eternidad. Él es la clave que abarca el antes, el hoy y el después. Cristo siempre, decía San Pablo. Cristo Señor, Cristo vive, Cristo ha resucitado y la muerte no lo dominará más. Pero es un Cristo que se presenta como buen pastor. ¡Qué cosa más hermosa pensar que este poderoso, este rey, este hombre que lleva las marcas de todo el sufrimiento convertidas ahora en estrellas gloriosas, es nuestro gran liberador, es nuestro gran pastor!

Yo les invito, hermanos, a que no nos vayamos de nuestra misa sin arrancar del corazón esas amarguras que muchas veces nos dejan los pesimismos porque se ha perdido la esperanza. Yo les invito a que esta mañana despertemos en nuestros corazones la magnanimidad, la alegría de quien todo lo espera. Yo les invito a todos y quién me diera poder e insistir en el corazón de los que gobiernan, de los que dirigen con su capital y su dinero los destinos de nuestra patria, lo mismo que los campesinos, los pobres, los obreros, los marginados; que unos y otros dijéramos: no hay redención si no nos viene de Cristo. Y humildes, unos y otros, cayéramos, en vez de odiarnos, amándonos y esperando de Cristo, el Buen Pastor, que conduzca este pueblo; solo Él lo puede conducir, no hay otro conductor de nuestro pueblo. Si surgen otros, prescindiendo de Cristo, Cristo mismo ya lanzó su condenación contra ellos: nadie puede entrar a dirigir el pueblo sino por la puerta que soy yo; y si alguien ha entrado por otro lugar que no es la puerta, ese es ladrón y bandido; y los que han entrado con ánimo no de pastores, sino de aprovechar la situación, vienen a robar, a matar, a maltratar. Hasta al pie de la

Jn 10, 1.9-10

letra se podría decir esto de muchas personas que no tienen nada de buen pastor y que no les interesa nada del bien común; que les interesa únicamente las ventajas, la situación, y quisieran mantener esa situación a fuerza bruta que no es racional.

He aquí entonces, pues, la figura del Buen Pastor, la que debe inspirar al padre de familia, a la madre de familia, al obispo, al gobernante, al rico, al pobre. La inspiración del cristiano: el Buen Pastor, Cristo, Mesías y Señor. Qué hermosa meditación podríamos continuar haciendo, pero lo que hemos dicho es suficiente para tener una idea del mensaje central de este domingo: Jesús, el Buen Pastor.

El mensaje se dirige al pueblo como una vocación, un llamamiento

El tercer pensamiento en este: somos hijos de estas circunstancias, vivimos, protagonizamos estas circunstancias de nuestra patria, pero gracias a Dios somos cristianos y creemos en un Buen Pastor. Entonces, ¿qué? Entonces, tu responsabilidad personal. Este Buen Pastor, como nos lo representan las tres lecturas de hoy, es un pastor que llama a colaboración. Miren la primera lectura: San Pedro dice que Dios, por Cristo, nos ha dado el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo. Y es porque esa promesa, que Dios hizo en Cristo, vale para ustedes y para todos sus hijos y para todos los que llame el Señor.

Hch 2, 38

Es hermoso, en este día de las vocaciones, pensar que la primera vocación es esa que tienen ustedes de haber venido a misa porque son cristianos, de haberlos bautizado la ternura de una madre cristiana; cuando no nos dábamos cuenta, una mujer bendita de nuestro pueblo, mi madre, me llevó al bautisterio y desde aquel día soy cristiano; me llamó el Señor, me llamó por el corazón de mi madre. Así somos todos los que estamos aquí: bautizados; hemos sido llamados, llamados a recibir esas promesas de perdón, ese don del Espíritu Santo. Es para todos nosotros, el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, nuestro salvador.

Y en la segunda lectura, también el concepto vocacional cuando dice: obrar el bien y sufrir es “cosa hermosa ante Dios, pues para esto habéis sido llamados, ya que Cristo también padeció”. Hermanos cristianos, el que piense que el cristianismo es una clave para no sufrir, está equivocado. Aquel que ya dejó

1 P 2, 20b-21

de rezar porque le pidió mucho al Señor que lo curara de su enfermedad o le diera una mejor suerte y dice: “Si Dios no me oye. Yo sigo en la miseria, pobre y desgraciado. Ya no rezo más”. No ha comprendido la dignidad de su vocación. Nos ha llamado a sufrir, y aquel que no tuvo pecado es Cristo, es el que más ha sufrido. Y ya que estamos en una iglesia de la Virgen, pensemos que junto a Cristo, el inocente, la Virgen que no tenía mancha también padeció, junto a la cruz, las siete espadas en su corazón. Porque a esto nos llama el Señor: a sufrir. Pero a sufrir mientras se hace el bien. Miren qué contraste, qué política la de Dios. De modo que el premio por hacer el bien no va a ser estar bien yo. Dice claramente hoy San Pedro en su carta: obrar el bien y sufrir. ¡Qué cosa más hermosa ante Dios! “Pues para esto habéis sido llamados, ya que Cristo también padeció”.

1 P 2, 20b-21

Por eso les digo, hermanos, una liberación que no quiere ser comprada a base de dolor, de sufrimiento, es una pura mentira. No existe un paraíso en esta tierra. La liberación completa será más allá de nuestra muerte, pero ya tiene que comenzar a realizarse en esta tierra. Y es necesario, pues, desinstalarse. Me da pena, hermanos, que, en estas horas que el pueblo ya no aguanta una situación, haya tanta gente indiferente porque prefieren, como los de Egipto, muchas veces, seguir comiendo las cebollas de Egipto; y protestaban contra Moisés porque en el desierto sufrían el camino de su liberación: ¿para qué nos has sacado de Egipto?; aunque éramos esclavos, estábamos mejor, comíamos carne, teníamos ollas. Así es la situación de muchos, prefieren estar bien, ¿hasta cuándo?, y no la liberación definitiva que supone un sufrimiento, un paso por un túnel oscuro como fue la pasión de Cristo. Y San Pedro nos anima: es una pasión breve. Breve es el sufrimiento, pero hay que aceptarlo con toda la alegría con que Cristo se abraza a su cruz y camina al Calvario y cae y, en vez de quedarse caído, se levanta tres veces, hasta que lo claven en una cruz, porque sabe que solo entonces se consuma la redención. Ya todo está cumplido, hasta el agotamiento. Yo les llamo, hermanos, a que como cristianos no le tengamos miedo al sufrimiento, sino que lo sintamos como una vocación genérica de todo cristiano.

Nm 11, 5

Ex 16, 3

Jn 19, 30

Jn 10, 29

Y también en el Evangelio aparece el sentido de vocación: “Yo soy la puerta; quien entra por mí se salvará”. “El que entra por la puerta es pastor de las ovejas”. Aquí tenemos, pues, un

llamamiento general. Todo el que quiera salvarse tiene que entrar por Cristo. Sin Cristo no hay salvación. Si nosotros que tenemos el honor de ser pastores no seríamos pastores si no nos hubieran llamado por la puerta. El verdadero obispo, el verdadero párroco, el Papa auténtico y único, es aquel que haya entrado por la puerta que es Cristo. El día en que yo no esté ya en comunión —Dios me libre— yo sería un cismático, ya sería un ladrón, un asesino, un bandido, como son los párrocos que usurpan iglesias, como es aquella iglesita también del Dulce Nombre de María, donde un grupo de ORDEN se ha posesionado de ella —para que vean que no solo el Bloque se posesiona, sino también los de ORDEN han quitado muchas ermitas, para que no las ocupen los otros, como si la Iglesia fuera un juego al capricho de los hombres—; el que no entra por la puerta, que es Cristo, es un ladrón; y solamente el que entra por Cristo y en su nombre predica y anuncia su palabra, ese es pastor. Este es el criterio: entrar por la puerta de Cristo; no entrar por las ventanas ni por las rendijas.

Entonces, hermanos, aquí viene el sentido de la vocación y termino leyéndoles el hermoso pensamiento de Pablo VI para este día, dice: “Cuando Jesús habla del «pastor» y del «aprisco», se presenta a sí mismo, pastor bueno, y presenta a la comunidad de creyentes, esto es, su Iglesia como aprisco abierto para acoger a toda la humanidad. Ahora bien, para comprender el sentido y el valor de la vocación, se requiere precisamente fijar la mente y el corazón en estas dos realidades: Cristo y la Iglesia. Aquí se encuentra la luz para acoger y el apoyo para perseverar en la vocación comprendida en toda su profundidad libremente escogida, fuertemente amada. Mirad a Cristo. Lo decimos en particular a vosotros, jóvenes, con paterno afecto y con gran confianza. Mirad a Jesús de Nazaret, Hijo del hombre e Hijo de Dios, Sumo Sacerdote del nuevo pueblo de Dios, Pastor eterno de su Iglesia, que ha ofrecido la vida por su rebaño tomando la forma de siervo hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz”⁵. Después explica el Papa un profundo sentido teológico: de Cristo, que es el único sacerdote y pastor de todos los hombres, deriva su sacerdocio y su preocupación pastoral a todos los

⁵ Pablo VI, Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (1 de febrero de 1978).

hombres que son llamados a ser sacerdotes y pastores. Por eso, la vocación de los seminaristas, de los obispos, de los sacerdotes, no se entiende sin tener en cuenta al Cristo, que es el único sacerdote, ni tampoco se entiende sin comprender la Iglesia como rebaño de Cristo, donde Cristo es el pastor y nosotros solo hacemos su presencia visible en medio del pueblo.

Por eso, hermanos, ustedes que me oyen y les agradezco tanto esa atención, es a Cristo a quien ustedes le dan esa atención. Por eso el Papa termina diciendo a los jóvenes que procuren conocer estas realidades: Cristo y la Iglesia; porque si no, no comprenderán el sentido de su vida. “Debemos decir también a vosotros pastores, sacerdotes, religiosas, misioneros, educadores, a vosotros teólogos, a vosotros padres de familia, a vosotros expertos de espiritualidad, de pedagogía, de psicología de las vocaciones: haced conocer estas realidades, enseñad estas verdades, hacedlas comprensibles, estimulantes, atrayentes, como sabía hacerlas Jesús, Maestro y Pastor”⁶.

He aquí un domingo, hermanos, para que oremos mucho al Buen Pastor; que su presencia valiente y orientadora siga en el mundo en la voz de sus pastores y siga siendo acogida su vocación al cristianismo por hombres que fueron bautizados y que también han perdido, tal vez ya, mucho de la garra cristiana; que sepan que ser cristianos es llamado al sufrimiento, a la cruz, pero para salvar al mundo y no tenerle miedo a la hora del sufrimiento y abrazarse fuerte a esa cruz. Que los jóvenes y las jóvenes comprendan el alto designio de que Dios los llama para usar su rostro como presencia suya en el mundo; sus manos, para manos de Cristo que regala dones y dádivas de amor; sus pies, para caminar por todos los caminos de la historia llevando la redención y la salvación. Necesita Cristo de nosotros, y en este domingo del Buen Pastor, domingo de las vocaciones, gracias a Dios que tenemos una Iglesia donde abundan y van abundando más los jóvenes y las jóvenes ansiosos de seguir a nuestro Señor Jesucristo. Unidos a Cristo, pues, el Buen Pastor, vamos a hacer nuestra la oración que el Papa hace. Y la vamos a hacer hoy como oración de los fieles. Pero antes, proclamemos nuestra fe.

⁶ *Ibíd.*